

¡QUÉ BELLO FUE VIVIR CON MI ABUELO!

Cuando era más pequeña, mi abuelo siempre nos decía que el pueblo no se recorre con los pies sino con los recuerdos.

Cuando comenzaban las vacaciones de verano, mi primo, mi hermano y yo, solíamos pasar grandes ratos junto a mis abuelos, mientras nuestros padres trabajaban.

Cada mañana salíamos a caminar, no importaba que yo ya conociera las calles, los lugares, los parques, las iglesias, los campos..., para él, todos los rincones tenían algo que enseñarme o contarme, tenían algo mágico.

Abuelo: ¡Mira bien! me decía, aquí había una fuente donde el agua se escuchaba cantar y donde veníamos a coger agua, también las mujeres venían a lavar la ropa y les servía de punto de encuentro, para contarse pequeñas historias. Ay... hija mía, ahora el colegio, no es lo que era...Había dos colegios, uno donde iban las niñas y en otro en el que iban los niños. Lo que más le llamaba la atención era la manera que tenían los profesores de enseñar a los alumnos y alumnas.

Mi abuelo me contaba que cada uno se encargaba de traer leña y sarmientos para calentar el colegio, me narraba que desde muy joven tenía que ir al campo a trabajar para poder ayudar a su familia.

No me cansaba de escucharle, tenía tanto que contarme. Me encantaba ir a descubrir lugares novedosos, cada lugar tenía una historia. Llegábamos a la Fontella, era mi lugar favorito, aunque estuviéramos mil veces, nunca me cansaba, me sentaba a escuchar la naturaleza: esos pájaros, esa agua que corría como un hilo.

Mi abuelo me decía:

- Cuando era pequeño siempre veníamos a coger cangrejos.

Mientras señalaba con su mano unos campos medio abandonados y nos decía:

- ¿Veis esos campos?, antes eran huertos que cuidaban vuestros antepasados.

Yo aprovechaba a preguntarle: - ¿Abuelo, por qué te gusta tanto este sitio?

Él sonreía y decía, porque aquí están todas mis historias y ahora las vuestras.

Se nos pasaba el tiempo sin darnos cuenta.

Me llevaba a otros lugares tan interesantes.... la ermita, la iglesia y otros sitios por descubrir.

-Sois muy afortunados, nos repetía continuamente. Tenéis que aprovechar que vosotros estáis viviendo en un pueblo porque en una ciudad no habría posibilidad.

Con él aprendí, que en el pueblo nadie es desconocido.

En el pueblo la gente ayuda sin preguntar, comparte sin esperar nada a cambio.

En el pueblo todo tiene sentido, el pan recién hecho de la panadería, las conversaciones largas, sin prisa, no hay relojes que manden.

Mi abuelo decía que eso es un privilegio, también aprendí cosas sencillas: regar el huerto, respetar la tierra. Si cuidas lo que tienes nunca te faltará de nada. Mi abuelo nos enseñó a hacer todas estas cosas porque a él le encantaba la naturaleza y andar por el monte.

Ahora sé, que en los pueblos se aprende lo que en otro lugar no se podría entender, este curso tuve que despedirme para siempre de mi abuelo, pero sé que no se ha ido del todo, porque en cada rincón de mi pueblo hay una historia, hay un recuerdo de él.

Recordaré sus consejos, su voz, sus palabras, sus historias y esos rincones que nunca olvidaré, porque gracias a él, sé lo bello que es vivir en mi pueblo.

Gracias, abuelo Claudio